

## TODOS ODIAN A JACQUES PAPIER

Sí, mundo, estoy escribiendo mis memorias y he titulado el primer capítulo así tal cual:

*TODOS ODIAN A JACQUES PAPIER*

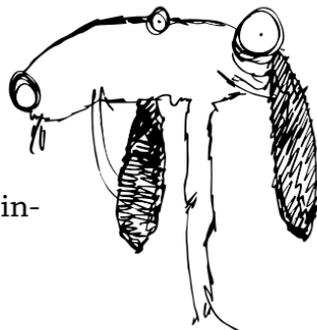
Creo que eso refleja de forma bastante poética el drama preciso de mis primeros ocho años en el mundo. No tardaré en pasar al segundo capítulo, donde confesaré que el primero en realidad era una exageración, como el cuerpo de acordeón exageradamente alargado de mi perro salchicha, *François*. La exageración estaría en la palabra todos. Hay tres excepciones a esta palabra, que son:

Mi madre.

Mi padre.

Mi hermana gemela, Fleur.

Si eres observadora, te habrás dado cuenta de que en la lista no he incluido a *François*, el perro salchicha.



## 2

# FRANÇOIS, EL HORRIBLE PERRO SALCHICHA

Muy probablemente niño y perro formen el más clásico de todos los dúos clásicos.

Como la mantequilla de cacahuete y la mermelada.

Como el pie izquierdo y el derecho.

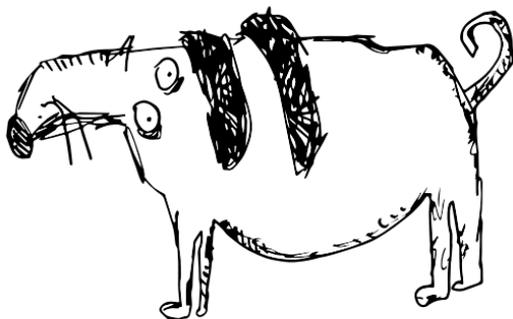
Como la sal y la pimienta.

Y, sin embargo.

Mi relación con *François* se parece más a una bofetada de mantequilla de cacahuete. A un pie izquierdo en una trampa para osos. A la sal en un corte recién hecho con papel... ¿Lo vas pillando?

En honor a la verdad, no toda la culpa la tiene *François*; las cartas de la vida se han amontonado considerablemente en su contra. De entrada, no creo que la persona encargada de diseñar los perros supiera lo que estaba haciendo cuando pegó las cortas patas de *François* a su cuerpo en forma de plátano. A lo mejor estaríamos todos de malhumor si nuestros vientres limpiaran el suelo cada vez que saliéramos a dar un paseo.

El día que lo trajimos a casa, de cachorro, *François* olisqueó a mi hermana y sonrió. Me olisqueó a mí y se puso a ladrar; y en ocho años no ha dejado de hacerlo cada vez que estoy al alcance de su infame hocico.



### 3

## LAS MARIONETAS DE LOS PAPIER

Cierto es que *papier* es la palabra francesa para papel. Sin embargo, mi familia no fabrica ni vende papel. No, mi familia trabaja en el ramo de la imaginación.

—Pero ¿cuánta gente necesita marionetas? —le preguntó Fleur a nuestro padre. La verdad es que yo solía preguntarme lo mismo sobre la tienda de marionetas de nuestros padres.

—Cariño —contestó nuestro padre—, creo que la verdadera pregunta es quién no necesita una marioneta.

—Los floristas —respondió Fleur—. Los músicos, los chefs, los presentadores de informativos...

—Un momento —replicó padre—. Soy florista. Dicen que es bueno hablarles a las plantas para que crezcan, y ahora la marioneta y yo estamos de charleta y nuestras flores crecen sin parar. —Se volvió—. ¡Eh, mira! Soy un pianista con una marioneta en cada mano y ahora tengo cuatro brazos en vez de solo dos. Soy chef, pero en lugar de una manopla para horno tengo una de mentirijillas. Y fíjate, soy un presentador de informativos que antes daba las

noticias solo y ahora tiene una marioneta para ponerles un poco de chispa.

—¡Ya, ya...! —exclamó Fleur—. Las personas que están solas y no tienen con quien hablar necesitan marionetas, pero por suerte Jacques y yo nos tenemos el uno al otro y nos vamos a jugar fuera.

Sonreí, me despedí de nuestro padre con la mano y me fui con Fleur. La campanilla sonó cuando dejamos la fría mirada de las marionetas y nos dio la luz del sol, que centelleaba por entre las nubes de la tarde.

## EN SERIO. TODOS ODIAN A JACQUES PAPIER

El colegio. ¿Quién inventó ese lugar tan cruel? Tal vez sea la misma persona que une las distintas partes de los perros salchicha. El colegio es un magnífico ejemplo de un lugar donde todos (y me refiero a todos) me odian. Deja que te ponga unos ejemplos de esta misma semana:

El lunes nuestra clase jugó a *kickbol*.<sup>1</sup> Los capitanes eligieron a los jugadores de su equipo uno por uno. Cuando me tocaba a mí se largaron y empezaron a jugar. No es que me eligieran el último, es que no me eligieron.

El martes fui el único que se sabía la capital de Idaho. Tenía el brazo levantado, incluso lo moví como una marioneta de mano en alta mar, pero la profesora solo dijo: «No me lo puedo creer. ¿Nadie sabe la respuesta? ¿Nadie?»

El miércoles, a la hora de comer, por poco se me sentó encima un niño muy grandullón y tuve que darme

---

1. El *kickbol* o *futbeis* es un juego muy parecido al béisbol ya que se juega con cuatro bases en una cancha con forma de diamante. Con la diferencia de que la pelota se golpea con el pie. (N. de la T.)

prisa en levantarme de la silla para evitar una muerte segura.

El jueves estaba en la cola del autobús escolar y en el momento de subir el conductor me cerró la puerta. En mis propias narices. «¡Eh, OIGA!», grité, pero las palabras se perdieron en una nube de humo. Fleur hizo parar al conductor, se bajó y fue andando a casa conmigo.

Así las cosas, el viernes por la mañana les supliqué a mis padres que me dejaran saltarme el cole. Ni siquiera dijeron que no. Simplemente, dieron la callada por respuesta.

## 5

# EL MAPA DE NOSOTROS

Que yo recuerde, Fleur y yo siempre habíamos estado haciendo El Mapa de Nosotros. Había lugares fáciles de dibujar: el estanque de ranas, el prado con las mejores luciérnagas y el tronco del árbol donde esculpimos nuestras iniciales.

Y también había rincones fijos en nuestro mundo, como la Cima de la Tienda de Marionetas, los Fiordos de François y la Cumbre de Mamá & Papá.

Pero, además, había otros sitios.

Los mejores sitios.

Los sitios que solo nosotros éramos capaces de encontrar.

Estaba el arroyo rebosante de las lágrimas que Fleur lloraba cuando algún niño del cole se burlaba de sus dientes. El lugar donde enterramos una cápsula del tiempo y el lugar donde desenterramos una cápsula del tiempo; y el lugar mucho mejor donde actualmente se halla la cápsula del tiempo (de momento). Estaba la galería de arte de tiza de la acera que habilitábamos cada verano. Y el

árbol en el que batí el récord de escalada, y del que también me caí, pero no dijimos nada a mamá y papá. Estaba el sitio donde pasean y pastan los flamengansos, los oso-carneros y los avestrupancés. Y el hueco en el roble donde guardaba la sonrisa de Fleur, la que lanza con los ojos en vez de la boca. Había escondites, hallazgos y pozos profundos repletos de secretos.

Sí, como todos los mejores amigos, había un mundo entero que solo ella y yo podíamos ver.



## 6

### MAURICE EL MAGNÍFICO

A veces, los domingos, nuestra familia acudía al museo infantil local, donde no había más que un montón de pompas de jabón, rocas viejas y cosas para bebés por el estilo. Pero no íbamos por eso. Íbamos porque los domingos tenías palomitas gratis y podías «disfrutar» de la «magia» de Maurice el Magnífico.

Maurice era viejo. No viejo como un abuelo o incluso un bisabuelo. Me refiero a *viejo*. Viejo en el sentido de que las velas de su pastel de cumpleaños costaban más que el pastel. Viejo en el sentido de que sus recuerdos eran en blanco y negro.

¡Y sus trucos! Eran lo peor. Hacía uno en el que salía una paloma de un gramófono. ¡Un gramófono! Ese tipo por lo menos tenía mil años. Cada vez que íbamos a ver su espectáculo Fleur se pegaba a mí para que yo le susurrara mis agudos comentarios.

—Maurice es tan viejo —le susurraba— que sus notas escolares están escritas con jeroglíficos.

Fleur se tapaba la boca con las manos para que no se le escapara la risa.

—Es tan viejo —continuaba yo— que cuando nació el mar Muerto apenas empezaba a toser.

Por desgracia, ese domingo en concreto ninguno de los dos nos fijamos en que Maurice el Magnífico se había dado cuenta de que nos estábamos burlando de su espectáculo.

—Niñita —dijo Maurice, deteniéndose frente a nosotros con un conejo taciturno en las manos—, ¿a quién le susurras?

—Es mi hermano —respondió Fleur—. Se llama Jacques.

—¡Ah...! —repuso Maurice, asintiendo con la cabeza—. ¿Y qué es eso tan gracioso que te ha dicho Jacques?

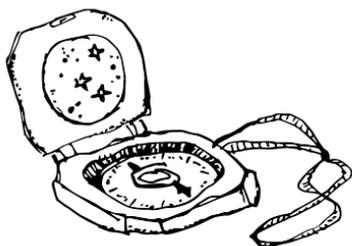
Las mejillas de Fleur se encendieron, adquiriendo el tono rojizo de su pelo, y se mordió el labio, avergonzada.

—Bueno... —contestó Fleur—. Dice... que es usted un viejo. ¡Ah, y un farsante! Jacques dice que nada de esto es real.

—Ya veo —replicó Maurice—. Bueno, el mundo está lleno de incrédulos.

Maurice intentó hacer ondear su capa con gesto ceremonioso, pero se hizo daño en la espalda y se arrastró por el escenario valiéndose del bastón.

—Los incrédulos dirán que la magia es mentira, pero ¿sabéis qué? No hace falta que digáis nada para demostrarles que están equivocados. Solo necesitáis esto.



Maurice extrajo una brújula vieja y rota del bolsillo del chaleco. Parecía tan vieja como él y la flecha solo apuntaba en una dirección: directamente a la persona que sostenía la brújula.

—Sube, niñita. Serás mi ayudante.

Fleur se levantó y se reunió a regañadientes con Maurice en el escenario. A mí me remordió la culpa; ojalá no metiera a Fleur en una caja y la atravesara con espadas.

—Sujeta esto —dijo Maurice, dándole la brújula a Fleur—. Voy a hacer que desaparezcas —anunció.

Fue hasta un armario del tamaño de una persona, abrió la puerta y le hizo una seña a Fleur para que entrara. Ella entró y él cerró el armario.

—¡Alakazam! —exclamó Maurice. Yo no pude evitar poner los ojos en blanco.

Y entonces, para mi gran sorpresa, Maurice abrió el armario y ¡Fleur había desaparecido! Un murmullo de entusiasmo recorrió el público.

—Ahora, Fleur —dijo Maurice en voz alta—, si das tres golpecitos en la brújula, podrás volver.

Maurice cerró el armario, esperó a los tres golpecitos y al abrir la puerta: ¡TACHÁN! Ahí estaba Fleur.

Como es lógico, el público se puso como loco y el viejo Maurice hizo una reverencia (o no; era difícil saberlo de

lo encorvado que estaba ya). Fleur quiso devolverle la brújula, pero Maurice se negó y cerró la mano de Fleur sobre esta.

—El mundo es un misterio con *M* mayúscula —dijo Maurice—. Lo imposible es posible. Y tú, Fleur, me da que eres la clase de niña que sabe que lo real solo depende del color del cristal con que se mira.

## ESTUPEFACTO

Al día siguiente, estaba jugueteando con la brújula del espectáculo de magia para intentar hacer desaparecer a *François*, el perro salchicha, cuando oí que mis padres entraban en su cuarto. En casa de los Papier las paredes son delgadas como el papel, razón por la que oí de refilón la conversación que cambió el rumbo de mi vida.

—¿Crees que se puede tener *demasiada* imaginación?  
—oí preguntar a mi madre.

—Tal vez —respondió mi padre—. A lo mejor ha sido un error criarla rodeada de tantas marionetas. A lo mejor todos esos ojos saltones y bocas móviles la han confundido.

Oí suspirar a mi madre.

—Tampoco deberíamos haberle seguido el juego durante tanto tiempo. Una cosa es lo de las literas y otra poner un plato más en la mesa, otro cepillo de dientes y comprar el doble de libros para el colegio. Supongo que pensé que a Fleur se le pasaría esto del amigo imaginario.

Me quedé patidifuso.

Me quedé anonadado.

Me quedé estupefacto.

Mi hermana, mi compinche, tenía un amigo imaginario del que nunca me había hablado.